

Violencia y Niñez

Raúl Levín

Sería inverosímil suponer al psicoanálisis ofreciendo una respuesta exhaustiva al problema de la violencia entre seres humanos. Especialmente cuando dicha violencia refiere a la agresividad destructiva, disgregante y aniquiladora que ha caracterizado la historia de la vida del individuo en particular, y de la humanidad como conjunto.

En la parábola de la evolución del pensamiento teórico y clínico de Freud la pregunta acerca de la agresividad se tornó particularmente acuciante ante dos fenómenos de distinto orden aunque seguramente relacionados entre sí. El primero se declaró a partir de la clínica cuando se impuso la necesidad de arribar a una respuesta teórica a la paradójica presentación de conductas y fantasías masoquistas de los pacientes en análisis. Estos fenómenos masoquistas abarcaban una amplia serie, que incluía desde el leve sentimiento de fracaso ante el triunfo, hasta inabordables estructuras perversas.

El otro tema, de índole social y mucha mayor repercusión, fue padecer el terrible y aberrante fenómeno de la Primera Guerra Mundial, y las experiencias y consecuencias que suscitó. Una contienda de destrucción sin límite entre países que eran considerados como los más avanzados en términos culturales.

De ese momento en la trayectoria teórica de la formulación freudiana en relación al tema que tratamos, quizás la novedad paradigmática fue la introducción del concepto ¿o noción? de pulsión de muerte. Este más que controvertido cambio en la teoría instintiva, fue quizás el más claro testimonio de la inflexión en el pensamiento de Freud. Una pulsión que se satisface en la disgregación, triunfando inevitablemente (o fatalmente) sobre su par, la llamada pulsión de vida, cuyo alcance es solo prorrogar el intento provisorio de extender la vida del sujeto.

Aunque sin explicitarlo, Freud fue abandonando el dualismo que era habitual en sus desarrollos teóricos, exponiendo una asimetría radical entre el poderío de ambas pulsiones. ¿Dónde quedó la idea de una dialéctica permanente entre pulsiones? La

incoercible relación entre ambas pulsiones refiere a un monismo definitivo. Freud mismo, en muchos párrafos del texto "Más allá del principio del placer" (Freud, S. 1920)ⁱ, en el que presenta la nueva teoría pulsional, y en otros escritos de éste período, no deja de expresar su desconcierto ante sus propios hallazgos.

Pero tampoco deja de transmitir, y esto es propio de esta nueva forma de avanzar en su indagación, que se trata de conceptos especulativos.

De las muchas transformaciones de la teoría, quiero señalar otra, cuya trascendencia en posibles elaboraciones de fenómenos sociales desde el psicoanálisis, suele pasar desapercibida. Me refiero al nuevo cambio en el esquema metapsicológico que introduce en la conferencia XV de las "Nuevas conferencias" del año 1933 (Freud, S., 1933)ⁱⁱ. En dicho texto introduce una nueva versión del gráfico en que ilustra la dinámica de las instancias metapsicológicas. A diferencia de los esquemas expuestos anteriormente al presentar la primera y segunda metapsicología, el gráfico de 1933 que representa la relación entre instancias y pulsiones, presenta un corte en el trazo del límite que lo rodea, una abertura que da cuenta de la ausencia de una frontera entre el adentro y el afuera. El Ello, en este texto, comparte lo interno y lo externo del gráfico.

A esta altura del desarrollo teórico, el Ello y la pulsión provienen tanto de lo orgánico como de la cultura y la sociedad. Vulneran la delimitación entre adentro y afuera.

Esto extiende la incumbencia del psicoanálisis y lo habilita para ocuparse de fenómenos sociales. En "Malestar en la cultura" (Freud, S. 1930)ⁱⁱⁱ, expone cómo la introducción de la cultura, que supuestamente es la que denota lo que en tanto humanos nos define y jerarquiza, contribuye sin embargo a la vez al odio y la destructividad.

Hay muchos conceptos teóricos, entonces, que dan una respuesta al tema de la violencia entre humanos. Aunque ninguno de ellos es definitivo ni satisfactorio. Hay también otros vectores en el armado de la teoría que no tenemos espacio para desarrollar pero son fundamentales –por ejemplo el papel del narcisismo– que completarían este panorama (así, usando un verbo en potencial). Pero aun cuando extendemos y profundizamos la teoría, está implícito en ella que nunca quedaremos totalmente conformes respecto a sus hallazgos.

No hay soluciones teóricas definitivas, esto es inherente a la propia teoría.

Lo que sí es absolutamente claro, es que la imposibilidad no puede ser una justificación para eludir temas comprometidos, como es el de la violencia. La ética del psicoanálisis impone que las temáticas más trascendentes de lo humano -y la violencia es una de ellas- no deben detener la indagación, aun sabiendo que las respuestas no serán nunca totalmente satisfactorias.

Quizás la respuesta a nuestro tema es el sostén de la permanencia de la investigación que intente resolverlas.

Violencia hacia el niño

Asumiendo entonces la complejidad derivada de abordar el tema de la violencia, voy a referirme a una modalidad en la que ésta se ha presentado a lo largo de la historia, dirigiéndose específicamente a la niñez.

La historia de la humanidad nos revela que en la antigüedad ni siquiera había un vocablo que designara al niño. Carecía de una representación propia, y en la iconografía era presentado como un adulto en miniatura. Este desconocimiento de la condición infantil, esta falta de entidad simbólica, favorecía que fuera tratado como objeto de toda clase de vejaciones, incluyendo las más atroces. El niño adquiría entidad simbólica solamente por razones de herencia o linaje.

Una de las explicaciones clásicas acerca de la falta de un reconocimiento de la existencia de la niñez y la consecuente carencia de una asignación simbólica, era la altísima incidencia de la mortalidad infantil, que derivaba en la alta probabilidad de que el niño muriera precozmente, con lo cual los padres y la sociedad se desentendían de su existencia para no crear un vínculo que derivaría en un afecto que se exponía a una pérdida y un duelo doloroso casi garantizado. Es lo que Lloyd deMauss (deMauss, 1982)^{iv} (Levín, R., 1995)^v describe como un "tabú de afecto" para evitar la posibilidad de ésta circunstancia. Coincido con ésta posición pero pienso que las razones fueron desde todo punto de vista más complejas, y más adelante voy a ensayar la presentación de otro enfoque que pienso contribuye a comprender la violencia hacia la niñez, que se perpetúa bajo diferentes formas (algunas encubiertas) hasta la actualidad.

El niño fue adquiriendo reconocimiento en tanto tal, y designado con un sustantivo que lo ubica en la franja etaria correspondiente, a partir del Renacimiento, cuando la población humana inicia un camino dirigido a apropiarse del entorno para obtener de él una producción que lo beneficie. Estamos en dirección hacia lo que sería la Revolución Industrial y la conformación del capitalismo. En ese sentido podemos decir que el niño es designado en función de que va a ser prospectivamente el que debe formarse desde edades precoces para un destino como futuro técnico que se ocupe de las máquinas de producción cada vez más complejas, y también de participar de la administración de empresas encargadas de la distribución y el rendimiento económico de dicha producción.

Sin embargo no cesan distintas formas de maltrato a la niñez, como por ejemplo excesos en relación a la demanda de trabajo infantil, falta de leyes que lo protejan, y muchas acciones que denotan una asimetría de poder entre el adulto y el niño, caracterizadas por la desconsideración hacia su condición de persona vulnerable y con requerimientos apropiados a dicha condición.

El trayecto hacia el reconocimiento y la progresiva narcisización del niño proviene de una manipulación político-social relacionada a la importancia que adquirirá pensando su lugar futuro, educación mediante, para sostener una estructura basada en el rendimiento productivo con beneficios económicos y políticos para la sociedad. Llegamos así a la famosa denominación de Freud de "His Majesty the baby" y a la reconocida y encubridora idealización en la que se suele considerar al niño.

Pero nadie podría obviar que este lugar de privilegio que ocupa el niño no alcanza a encubrir la hostilidad que también puede desatar en el adulto. Ya en sí mismo el lugar de referente familiar en ciertas decisiones puede ser una forma de desconocer su vulnerabilidad y su necesidad de ser ubicado teniendo en cuenta su desarrollo y posibilidades.

Pero si necesitamos apelar a una prueba más contundente del maltrato a la infancia, podemos referirnos, a nivel político-social, a la violencia implícita en los bajísimos recursos asignados para proveer de salud, alimentación y educación al niño, ignorando y degradando su condición infantil. (Levín, 2015)^{vi}.

En tanto psicoanalistas, somos sensibles a estos fenómenos derivados de políticas de estado, pero no tenemos instrumentos para ocuparnos de ellos.

Sin embargo no podemos ignorar que la violencia hacia el niño por parte del adulto es un fenómeno casi universal, aunque a veces se exprese con ambivalencia o aún, como anotamos antes, encubierto por la idealización.

Desde nuestra condición de analistas también la hostilidad puede manifestarse en forma desapercibida, y por eso es importante para quienes analizan niños, poder considerarla en su poder transferencial y en sus manifestaciones clínicas.

Una de las modalidades más sutiles en que puede filtrarse la hostilidad del analista hacia el paciente infantil es a través de una mala comprensión de lo que es la teoría de la técnica, al tomarla como una convención que se aplica como protocolo sin considerar la prioritaria atención a la clínica singular de cada paciente.

Introducción a una hipótesis sobre la violencia hacia la niñez: el problema de los orígenes y su relación con la pulsión de muerte

Me voy a ocupar ahora del enigma del origen, y cómo éste se encarna en el efecto de misterio y hostilidad que suscita la existencia y la presencia del niño.

La introducción de Freud de la noción de pulsión de muerte es una alusión tentativa y a la vez fallida de referir a una instancia de ausencia de representación del sí mismo del humano. Hay un límite infranqueable: no podemos representarnos inexistentes. Quien intente atisbar este "no ser desde el ser", queda sumido en una angustia abisal, insoportable. ¿Cómo puede aludirse mediado por el lenguaje-representación, a lo que carece representabilidad?

Es lo que está "más allá...". Esta imposibilidad de representación ha sido siempre relacionada a la muerte, de ahí la denominación de la pulsión. Pero desde siempre el humano ha revestido esta imposibilidad de acceso a lo no representable con recursos imaginarios, que contribuyen a atenuar la angustia ante la imposibilidad de representarse "no existiendo."

Como mencioné, este efecto intolerable de carencia de un soporte representacional ante la inexistencia, es relacionado casi convencionalmente a la muerte.

Suele quedar escindida sin embargo otra circunstancia, también angustiada por su irrepresentabilidad. Se puede enunciar en la pregunta ¿Qué fuimos antes de ser? ¿Cuándo comenzó nuestra existencia? ¿Dónde estábamos? Y no me refiero solo a una inexistencia personal, sino a un tiempo en el que no estábamos en un proyecto, una filiación imaginaria, un deseo...

No solemos hacernos ésta pregunta, pero pienso que es tan angustiada e irrepresentable como el interrogante acerca de la muerte, que tantos efectos reconocidos tiene en la vida personal y social del humano. Y enfatizo este antecedente de no ser más que supuesta materia inorgánica, con su sucedáneo ocurrido tras morir. Ambos en el más allá no solo de la vida, sino también del recuerdo o la anticipación, en un más allá de la ausencia. Pulsión de muerte, más allá del principio del placer, ahora en un giro hacia lo que nos precedió.

"No poder saberse" es tan disgregante que puede despertar una violencia sin límites.

Matar puede operar como una forma de triunfar sobre la inaccesibilidad de un saber acerca de la muerte.

Se trata de planteos que despiertan desazón, síntomas, angustia, e incluso inciden en la estructuración de cuadros neuróticos, aunque suelen pasar más inadvertidos

concientemente en su enunciación que los interrogantes acerca de la muerte. También reacciones de extrema destructividad ante el poder de lo que no sabemos.

Imaginar un espacio donde nuestra subjetividad des-existía (valga el neologismo) está menos provisto por la cultura de contenidos imaginarios o simbólicos para recubrirlos y atenuar la angustia.

Este pre-origen está despojado, no tiene representaciones que morigeren sus efectos. Está (y sé que arriesgo al plantearlo así) "más allá" de lo forcluído, porque en lo forcluído hay un significante rechazado de un orden simbólico. Y estamos refiriéndonos a un estado carente de un orden simbólico. También "más allá" del alcance del sujeto, como en la relación con la muerte.

La falta de representación es un ataque intolerable al narcisismo, que debe soportar los misterios sobre la fatalidad determinante e infalible de la vida, y a la vez saber que no sólo no pueden develarse (si cabe la palabra), ni tampoco resolverse.

Esta imposibilidad ante el misterio desata una violencia que puede ser ilimitada. Violencia como intento desesperado de restañar la integridad del narcisismo herido y amenazado por la ignorancia ante lo que no hay respuesta.

Siendo el niño el humano más frágil, dependiente y vulnerable, encarna a la vez la idea de que le es inherente un saber acerca del origen, que calla (obviamente apuntalado por su falta de palabra), sumiendo a los adultos que lo rodean en un sentimiento de ignorancia y devaluación narcisista. Al niño se le atribuye el provenir del misterio del origen al que no podemos acceder. Y no compartir un saber propio acerca de lo que lo precede lo ubica en una supuesta y enigmática superioridad ante el adulto. Desata así la hostilidad del narcisismo adulto que no tolera su incapacidad para resolver el interrogante relacionado al origen.

Ferenczi al respecto al menos en dos ocasiones (Ferenczi, 1967)^{vii} y (Masson, 1985)^{viii} se refiere a una imagen que suele presentarse en la clínica que representa al "niño sabio" o "inteligente". Bebés que poseen estos atributos y que se presentan en sueños o asociaciones del paciente. No pocas veces estas imágenes provocan reacciones persecutorias. Es frecuente también que en la clínica el niño adquiera matices superyoicos, representando una poderosa fuente de enjuiciamiento y desafío a nuestra ignorancia.

Es necesario sin embargo añadir que naturalmente ante la angustia de la irrepresentabilidad del "más allá" del origen, el sujeto humano apela a otras formas de recubrir su ignorancia. La más habitual es la historia y la historización, que prestan un sentido a épocas alejadas de su pre-existencia. Aún en el período de su vida abarcado subjetivamente, hay espacios de ignorancia (amnesia infantil, represión) a los que es necesario encontrarles un sentido porque pueden encubrir situaciones que

desatan dolor, angustia o síntomas. El levantar la represión de las lagunas mnémicas, los recuerdos encubridores a develar, y luego las construcciones, fueron para Freud sustentos fundamentales de su clínica.

También vale mencionar las fantasías que se presentan en niños en momentos de colapso o desvanecimiento de la función parental a las que Freud denominó "novela familiar del neurótico", cumpliendo esta función de prestar una versión sustitutiva de lo no sabido ante una carencia o insuficiencia en el soporte histórico (o genealógico) que le fue ofrecido sobre el origen.

El niño encarna entonces imaginariamente un supuesto saber acerca del origen que no comparte, que guarda para sí. La imposibilidad de transmitir esa sabiduría que se le atribuye es experimentada como una posición egoísta, que expone al sujeto a experimentar (y sufrir) su propio desconocimiento y desamparo ante los interrogantes sin respuestas ("qué fui antes de ser, qué seré después"). Esto desata odio hacia el niño que se supone las tiene y no las cede.

Palabras para no concluir

En este trabajo sobre la violencia hacia la niñez intenté ceñirme a conceptos psicoanalíticos. Pero debemos recordar que son muchas las disciplinas, especialmente relacionadas a las ciencias sociales y al derecho, que también intentan buscar respuestas.

Dicha violencia puede producir efectos masivos de extrema destructividad o infiltrarse en sutiles y bienintencionadas costumbres en la crianza de los niños.

Es significativo cómo en la relación con el niño puede transmitirse, casi sin sublimar, la agresividad. En ese sentido son muy sugestivos ciertos cuentos infantiles clásicos, canciones de cuna, *limericks*, etc.

También en forma subrepticia, la hostilidad se nos puede introducir en la clínica psicoanalítica con niños. No nos podremos extender en esta oportunidad respecto a esto, aunque algo mencionamos antes, en este mismo texto.

Sabemos que es mucho más lo que puede decirse sobre este tema, pero aun así, sería insuficiente. Esta insuficiencia es la que sostiene la continuidad de la investigación.

No se nos escapa que hay muchos enfoques para abordar la violencia. Y muchas violencias implícitas necesarias para el desarrollo del niño: violencias que podrían ser

consideradas como "benignas". Toda alteridad incluida en la relación entre las personas, en el aprendizaje, en la creatividad, en el psicoanalizar, produce alguna forma de violencia.

Pero he decidido ocuparme de la violencia destructiva, extremadamente destructiva, porque es la menos considerada en la bibliografía psicoanalítica y a la vez la de efectos más extremos de destitución de la vida del sujeto humano.

Un atajo posible ante las dificultades es declarar a la violencia humana como estructural e inamovible.

Pienso sin embargo en la importancia de proseguir con la indagación, aun sabiendo de su imposibilidad, porque es un trabajo permanente el acotarla.

Resumen

A partir de la introducción en la teoría freudiana del concepto de pulsión de muerte (1920) y de la participación de la cultura como una fuente de dicha pulsión (1933), el psicoanálisis extiende su incumbencia y se habilita metapsicológicamente para ocuparse de fenómenos sociales. Para referirse a la violencia histórica (¿y estructural?) hacia la niñez el autor propone como uno de los abordajes posibles considerar que en la historia social al niño siempre se le atribuyó un saber misterioso y no compartido acerca de los orígenes, interrogante que abarca los misterios acerca del sentido del ser y de la muerte que no pueden ser develados. Esa supuesta sabiduría desata un agravio narcisístico y su consiguiente violencia hacia ese ser por un lado inerte y dependiente del mundo adulto y a la vez poseedor supuesto de sabiduría que no comparte, relacionados a los grandes interrogantes de la vida que atribula y no puede resolver el sujeto constituido.

Palabras clave

Violencia; Niñez; Pulsión de muerte; Origen; Psicoanálisis.

Violence and Childhood

Summary

Since the introduction of the concept of death drive (1920) within the Freudian psychoanalytic theory and the participation of culture as a source of such drive (1933), psychoanalysis extends its realm and enables itself metapsychologically in order to deal with social phenomena. Regarding historical (and structural?) violence towards children, the author proposes taking into consideration that in social history the child was always attributed a mysterious and not shared knowledge about origins, a question concerning the mysteries with regard to the sense of being and death which cannot be revealed. That supposed wisdom unleashes a narcissistic affront and its

consequent violence towards that child on the one side unarmed and dependent on the adult world and at the same time a supposed holder of a wisdom that does not share, concerning the great questions of life that disturbs and cannot be resolved by the constituted subject.

Keywords

Violence; Childhood; Death drive; Origin; Psychoanalysis.

Violence et Enfance

Abstract

Depuis l'introduction du concept de pulsion de mort (1920) dans la théorie freudienne et de la participation de la culture comme source de telle pulsion (1933), la psychanalyse étend son domaine et s'habilite métapsychologiquement à faire face aux phénomènes sociaux. En ce qui concerne la violence historique (et structurelle?) envers les enfants, l'auteur propose considérer que dans l'histoire sociale l'enfant a été toujours attribué une connaissance mystérieuse et non partagée sur les origines, une question qui couvre les mystères sur le sens d'être et de mort qui ne peuvent être révélés. Cette supposée sagesse déchaîne une offense narcissique et la violence qui en résulte envers l'enfant qui est d'un côté non armé et dépendant du monde adulte et en même temps supposé de une sagesse qui ne partage pas, liée aux grandes questions de la vie qui dérangent et qui sont irrésolues par le sujet constitué.

Mots-clés

Violence; Enfance; Pulsion de mort; Origine; Psychanalyse

Referencias

- ⁱ Freud, S. (1920). Más allá del principio del placer (1920). *Obras Completas* (vol. 18). Buenos Aires: Amorrortu.
- ⁱⁱ Freud S. (1933). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. *Obras Completas* (vol. 22). Buenos Aires: Amorrortu editores.
- ⁱⁱⁱ Freud, S. (1930[1929]): El malestar en la cultura. *Obras Completas* (vol. 21). Buenos Aires: Amorrortu.
- ^{iv} deMausse, Lloyd. "Historia de la infancia". Alianza Editorial. Madrid. 1982
- ^v Levín, R. (1995). El psicoanálisis y su relación con la historia de la infancia. *Psicoanálisis*, 17(3).
- ^{vi} Levín, R. (2015). El círculo de la niñez y la fragata misilística. *Controversias on-line*, 17.
- ^{vii} Ferenczi, S. (1967). *Teoría y técnica del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, P. 287.
- ^{viii} Masson, J. (1985). *El asalto a la verdad*. Barcelona: Seix Barral, P. 297, Ferenczi, S.: "Confusión de lenguas entre el adulto y el niño".